

Filosofando

## La alegría, canto nuevo Fil. Luis Armando Aguilar Sahagún

Una meditación sobre la alegría no puede pasar por alto un dato altamente significativo: la 9ª Sinfonía de Beethoven, alegría sinfónica y coral, tuvo un largo período de gestación en la vida de su autor: 31 años, desde que el músico leyó por vez primera la Oda del poeta Federico Schiller. Beethoven tuvo momentos difíciles, pero durante los dos últimos años tuvo los cuidados necesarios para que el alumbramiento fuera satisfactorio. La sabia combinación de ese tiempo, desvelo y cuidado fueron la clave para ello. La obra fue dada a luz en 1824. Fue el parto de la alegría que uniría al mundo “bajo la bóveda celeste en la que debe habitar un padre amoroso”.

En el llamado testamento de Heiligenstadt, en el que Beethoven hace un examen detenido de su situación espiritual y da cuenta al mundo de ella, el músico concluye con una plegaria: “¡Oh, Providencia, otórgame por último aunque sea un solo día de pura alegría. Hace tanto tiempo que la verdadera alegría no resuena en mi corazón”. El testamento está firmado el 6 de Octubre de 1802, tiempo en el que fueron gestadas la 1ª y la 2ª sinfonías, entre otras obras. Éstas son un comunicado de vida y alegría de vivir, ¡pero su autor no conoce la verdadera alegría...! ¿Cómo comprender esta paradoja? Se trata, entonces, de un prelude.

La alegría se gesta en ese espacio donde “ya no hay lugar para el yo” que se alegre en ella (Simol Weil, Gabriel Marcel). Sólo así se explica la paradójica situación de un hombre que abandona la ciudad en la que se refugió buscando en vano la cura de su enfermedad con la esperanza marchita, “como caen las hojas en el otoño”.

Ese hombre fue capaz de soportar un sufrimiento literalmente incommunicable, y rebasar con temple el momento, movido por una esperanza, “esperanza que presagiará el Amor y le brindará la oportunidad de que en su corazón se renovará la verdadera alegría” (Caros Rivas, “*La alegría en Beethoven, Participación y gozo*”, Ed. Emaús, Guadalajara, p. 10). Alegría, ella misma, últimamente incommunicable... Efectivamente, el bálsamo de sufrimiento que lo va purificando, será bálsamo comunicado a la humanidad entera.

La 9ª Sinfonía es “un alarido de toda la humanidad llena de alegría, a la vez canta a Dios y a los hermanos” (Max Steintzer). Un alarido de alegría. Canto a Dios y canto “*de*” Dios, podría decirse, co-fundido, dando la voz, dando el sonido, la sonoridad, la musicalidad, los nuevos tonos, los otros cantos más plenos de alegría.

Es el cántico nuevo del Evangelio, captado por Federico Schiller en las bellas estrofas de la Oda. Es, en efecto, el cántico nuevo de la Buena noticia. Es el cántico que entona el Verbo de Dios (San Clemente de Alejandría):

“Puesto que el Logos era del cielo, era el comienzo divino de todas las cosas, y lo es, y, puesto que ahora recibió el nombre santificado de nuevo, nombre digno de poder, el nombre de Cristo, lo llamo canto nuevo” (Protréptico, Cap. I, p. 48).

Y prosigue Clemente:

“Por eso el Logos, Cristo, es causa no sólo de que existiéramos nosotros desde antiguo (pues Él estaba en Dios), sino también de que seamos felices (puesto que ahora se nos ha manifestado a los hombres). Este mismo Logos es único y ambas cosas a la vez, Dios y Hombre, la causa de todos nuestros bienes” (Íd. P. 49, énfasis añadido).

Aquí encontramos una clave para profundizar en la alegría comunicada por un hombre que vive la desolación y la desesperanza. El rostro de Cristo se va dibujando en sus entrañas, el Verbo de Dios va plasmándose poco a poco en el sordo de Bonn. Como en otro tiempo con el sordo de nacimiento, Cristo toca los oídos de Beethoven con su saliva y le hace oír nuevos tonos, las voces de la humanidad en alarido, mientras se acrisola de cuanto no es crecimiento en la semejanza con el que es la suma de todos los bienes. En ese proceso de configuración, Beethoven irá abrevando en el silencio que lo acerca más al hombre, a todos los hombres como hermanos. Un parto así puede durar toda la vida.

“El Salvador tiene varios registros de voz y varias formas de salvar a los hombres”. Voces que, al ser escuchadas, van produciendo la conversión del hombre interior. El punto culminante, siguiendo a este padre de la Iglesia, es cuando el mismo Logos habla a cada persona claramente: “Sí, lo afirmo, el Logos de Dios se ha hecho hombre, para que tú, en cuanto hombre, aprendas cómo un hombre puede llegar un día a ser dios”.

“Por esta voz del Logos la mujer estéril da a luz felizmente y el desierto produce frutos”. Las voces precursoras del Señor, el Ángel y Juan, me insinúan la salvación que encierran, para que, una vez que ha aparecido este Logos, recibamos el fruto de este feliz alumbramiento, la vida eterna. Después de reunir ambas voces en una, la Escritura explica todo con claridad: “Que escuche la que no ha dado ha luz, que entone un grito de alegría, tú, que no has sufrido los dolores de parto, porque los hijos de la mujer solitaria serán los más numerosos que los de la que tiene marido” (Clemente cita al profeta Isaías, 54, 1).

El grito de alegría entonado por Beethoven es el de la mujer estéril que, por fin, ha escuchado la buena nueva de que el Logos, por medio de su voz, es capaz de hacer que el desierto produzca frutos.

En síntesis, podemos decir que fue el verbo de Dios, Cristo, quien fue haciéndose más y más determinante, más interior al ser del gran compositor, quien fue afinando en él lo necesario para que las voces de la humanidad estallaran un día en súplica, alabanza, clamor.

Fue un estallido hacia fuera, hacia el mundo de sus hermanos, en quienes sigue encontrando un eco interminable. A esa eclosión externa corresponde otra de carácter interno. Su registro son los últimos cuartetos de cuerda (Opus 10-133), en los que la alegría es exploración en el reposo, consolación más allá del yo, como un “estarse amando en el amado” (Juan de la Cruz). Allí, en ese silencio culminan la participación y el gozo. El movimiento interior de la persona, su pleno ser-con.

*“!Oh, Alegría, chispa divina, hija de Elíseo,  
inflamados entramos en tu santuario celestial!  
Que tu hechizo vuelva a unir  
lo que los tiempos separaron;  
Todos los hombres son hermanos  
donde aletea tu ala suave.”*

La chispa divina es Cristo, hijo de Dios vivo. Su hechizo es su misericordia entrañable, su abajamiento hasta dar la vida por nosotros en la cruz. El santuario celestial es el seno del Padre, en comunión con la humanidad rescatada por el Hijo. El aleteo es del Espíritu Santo. La alegría es Cristo, complacencia del Padre, por quien todos los hombres “ya” son hermanos.